

# EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO III—TOMO III | San Salvador, Domingo 26 de Agosto de 1883. | SERIE X—N. 117

## Acusación indebida.

Cuando el error y la mentira tratan de conculcar los fueros de la verdad, no se paran, como suele decirse, *en pelillos*, ni hacen el menor escrúpulo de cambiar los nombres recibidos de las cosas.

Así, vemos con frecuencia llamar *superstición* al culto legítimo y verdadero que se rinde á la Divinidad, y *fanatismo*, aún al ejercicio de una piedad y de una devoción sinceras.

Con la más grande seriedad del mundo se afirma, que el culto católico es una mera *superstición*, y que la práctica de todo acto religioso de parte de los fieles es un despreciable *fanatismo*.

Nada de esto debería llamarnos la atención, una vez que tenemos bien sabido, que son los enemigos de toda verdad moral y religiosa, quienes cambian así monstruosamente los nombres, para atacar aquellas prácticas que tanto escozor les hacen, y que desearan ver desterradas del mundo, como quien desea arrojar de su presencia al delator impertinente de su desarreglada conducta.

Si los cristianos rezan y se ejercitan en actos propios de su culto, se les acusa de supersticiosos y fanáticos; y si no rezan ni oyen misa, se les reconviene de indevotos.

Pero en uno y otro caso no son las personas más adictas á la religión, ni las más celosas del honor de la Majestad divina, quienes dirijen tales reconvenciones; sino aquellas precisamente que no profesan culto ninguno, y que quisieran ver destruida toda religión en el mundo.

Todo esto es concebible, repetimos; y si el error fuera capaz de tener algún derecho, estaria muy en el suyo al hacer uso de semejantes invectivas. Pero lo que no se concibe, y es un hecho verdaderamente inexplicable, es que muchos cristianos, que se precian de amar su religión y de ser solícitos en el cumplimiento de sus deberes, se den por ofendidos, y aun por injustamente calumniados, cuando se les moteja y zahiere con estas frases porque practican los actos de su religión y de su culto.

¿Acaso no se conoce el valor de esas palabras y otras por el estilo, de que usa la impiedad, para traer á los fieles del ejercicio de sus prácticas religiosas? ¿Se ignora que ellas espresan justamente lo contrario de lo que realmente significan, y que envuelven, por lo mismo, un elogio verdadero, viniendo de los labios que las pronuncian?

Se llama á los cristianos cumplidos y fervorosos con los epítetos de *fanáticos*, *beatos*, *místicos*, *santulones*, etc. Pero ¿qué significan tales espresiones, salidas de boca de hombres irreligiosos, que ningún res-

peto guardan por la Divinidad? ¿No quiere significarse con ellas, que las personas, á quienes van dirigidas, cumplen fielmente con sus deberes de cristianos, y que sinceramente profesan la religión que han abrazado?

Siendo esto así, como efectivamente lo es, tales dictorios no lo son en realidad, sino que más bien contienen un elogio, que se gloriaría de merecer cualquiera persona sensata, que sabe apreciar en lo que valen sus convicciones y creencias.

Porque una de dos: ó los buenos cristianos hacen bien en practicar su religión, ó hacen mal. Si lo primero, no tienen razón ninguna para avergonzarse de que así se les moteje por hombres sin religión y sin piedad. Si lo segundo, deben abandonar el camino que llevan, y adoptar el que les indica la censura de que son víctimas.

Sin embargo, por una aberración inexplicable se nota, con sobrada frecuencia por desgracia, que cuando se le echa en cara á un cristiano práctico y fervoroso, que oye misa, que concurre á los templos á oír la palabra de Dios, que se confiesa y comulga, ó que cumple con otros deberes religiosos, se confunde y se avergüenza mucho más, que si por una persona caracterizada y virtuosa se le dijera que nada de esto hace, como para advertirle de su frialdad y tibieza.

Todavía hay más. No faltan cristianos, que cuando han sido víctimas de censuras semejantes, proferidas tal vez por una ó dos personas oscuras, y de poca ó ninguna aceptación social, se dejan tan fuertemente impresionar, que, ó abandonan en todo ó en parte sus prácticas religiosas, ó se esconden para ejercerlas, como si se tratara de actos pecaminosos y criminales.

De ahí nace, que los hombres irreligiosos, conociendo este lado flaco de los cristianos tibios, tratan de separarlos del ejercicio del culto motejándolos de la manera indicada, seguros de alcanzar sobre ellos un triunfo decisivo.

Si los cristianos prácticos hicieran de tales invectivas el poco caso que merecen, y no se dieran por ofendidos, como en realidad no lo son, con esas espresiones nacidas de siniestras intenciones, los hombres impíos abandonarían tan vergonzoso espediente y quedarían reducidos al silencio, viendo que sus palabras producían justamente un efecto contrario al que ellos se proponen.

¿Cómo es que no nos avergonzamos de ser tan indiferentes y tan poco fervorosos en el servicio de Dios? ¿Por qué no nos abochorna ante nosotros mismos y ante nuestros prójimos, la conducta poco cristiana que observamos en el ejercicio de la religión que, como única verdadera, nos ha parecido deber abrazar?

Acaso nada hay que más perjudique á nuestra religión y á nuestra fé, como ese proceder de cristianos



indevotos que apenas merecen llevar el nombre de tales. Así es como se debilitan las creencias y decaen las buenas costumbres, y aquellos que de esa manera nos han echado en cara como ignominioso lo que debiéramos estimar como títulos de gloria, tendrán después sobrada razón y justicia para motejarnos con epítetos que merezcamos y que realmente nos deshonren y nos cubran de ignominia.

No olvidemos que Jesucristo nos impone el deber de practicar nuestras obras buenas en presencia de los hombres, para que con ello sea glorificado nuestro buen Padre, que está en los cielos, así como debemos siempre recordar, que Jesucristo ha prometido solo reconocer y confesar en la presencia de su Padre, al que acá en el mundo no se avergüenza de reconocerle y confesarle a la vista de los hombres.

San Salvador, agosto de 1883.

## SECCION CIENTIFICA.

### LA IGLESIA

#### y la primera cuestión del orden social.

##### II

Las nociones de *necesario* y *contingente* entran como elementos indispensables en todos los conocimientos positivos del espíritu humano, y no pueden, por lo mismo, ser estrañas á las relaciones sociales y jurídicas de los hombres entre sí.

Si estos elementos se hallan combinados en los conceptos positivos y de orden complejo, que forma nuestra mente, es porque en los objetos reales, á que esos conceptos corresponden, se les halla también enlazados en la más perfecta armonía.

Dando á uno de estos elementos predominio esclusivo sobre el otro, fácilmente podemos ser inducidos al error.

El predominio del elemento *necesario* nos arrastra á un idealismo trascendental, que en el orden práctico de las sociedades humanas, se traduce por las utopías más estravagantes y absurdas.

El predominio del elemento *contingente* nos lleva irremisiblemente al individualismo en teoría, y á la relajación de los vínculos morales y sociales en la práctica.

La verdad solo puede encontrarse en la unión íntima de uno y otro elemento, porque la verdad es la realidad de las cosas, y la realidad se constituye por la combinación armoniosa de lo *necesario* y de lo *contingente*, que se enlazan en perfecta regularidad y recíproca dependencia.

La cuestión de los *universales* entre los filósofos de la edad media, influyó poderosamente en el carácter y tendencias de la moral pública y privada de la época, como en los tiempos actuales la *ideología* decide de las diversas opiniones de los escritores del derecho político y social.

En la edad media, el *realismo* representaba el elemento necesario, y el *nominalismo*, el elemento contingente, como en la edad moderna el *idealismo* representa el primero, y el *positivismo*, el segundo.

Las preferencias por uno ú otro de ambos extremos, con más ó menos esclusión del otro, deciden de las más graves cuestiones, nó solo del orden especulativo, sino también del orden práctico y social, imprimiéndole á las ideas la dirección que mejor conviene al sistema adoptado, y acentuando los rasgos que distinguen y separan unas de otras á las diversas escuelas.

Así lo comprueban la historia y la esperiencia.

Cuando el célebre Juan Vicente Gravina escribió su famoso libro sobre los *Orígenes del Derecho*, que

sirvió de base y modelo á la obra inmortal de *El Espíritu de las leyes* de Montesquieu, causó una revolución profunda en los estudios de la Jurisprudencia universal, semejante á la que había producido en los códigos de la edad media el descubrimiento de las *Pandectas de Amalfi*; pero es preciso reconocer, que aquella revolución fué precedida de otra revolución ideológica, que dió nombre á lo que entonces se llamó *Escuela napolitana*, especie de eclecticismo de teorías morales y sociales tomadas de otras escuelas, que sostenían diversas y opuestas enseñanzas.

Aun la escuela positivista de nuestros días, que tanto reniega de la ideología, la invoca á cada instante, á pesar suyo y con manifiesta contradicción de sus principios, para sentar sus teorías y las bases de sus procedimientos sociológicos.

Stuart-Mill, uno de los principales gefes de dicha escuela por lo que hace á sus aplicaciones jurídicas y sociales, escribió su obra incomparable sobre *El Gobierno representativo*, que hoy es autoridad y forma testo en la materia; pero esta obra es algo más que una simple *mecánica del régimen parlamentario*, como él mismo ha querido modestamente llamarla.

Hemos creído indispensable hacer ántes estas ligeras observaciones, para juzgar con más acierto sobre el problema formulado en el número anterior.

Hagamos aplicaciones.

Si para resolver la grave cuestión sobre el origen de la sociedad y del poder, que divide á las escuelas *doctrinaria* y *revolucionaria*, examinamos, y cuidadosamente distinguimos el elemento necesario y el elemento contingente, que entran en la formación de aquella y en la real constitución de éste, y logramos después por un procedimiento sintético establecer la conciliación y armonía de ambos elementos, no hay duda que podrémos acercar la una escuela á la otra, evitando incurrir en el exclusivismo de sus teorías, que puede llevarnos á aseveraciones falsas.

Así podrémos también resolver con ventaja la primera y trascendental cuestión del orden social, acertando con la verdad, y cimentando el estudio del Derecho sobre una base más sólida y segura.

Toda sociedad humana tiene su doble elemento, necesario el uno, contingente el otro, lo mismo que todas las cosas, y especialmente las instituciones del orden moral.

El elemento necesario de la sociedad es la *sociabilidad* del hombre; su elemento contingente es el *hecho* que dá origen á la existencia real de la sociedad.

La sociabilidad del hombre es un *derecho*, y de su ejercicio resulta la sociedad en concreto.

Ahora bien, todo derecho es uno de los dos términos de una relación moral, que no puede existir sin una ley que la establezca; mejor dicho, la ley es esa misma relación moral en un orden necesario.

—“Las leyes, ha dicho sábiamente Montesquieu, son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza misma de las cosas, y en este sentido, todos los seres tienen sus leyes. . . Hay una *razón primitiva*, y las leyes son las relaciones que se encuentran entre ella y los diferentes seres, y las relaciones de estos diferentes seres entre sí.”

Este bello pensamiento parece copia de este otro de Plutarco: “La ley es la reina de los hombres y de los dioses.”

Pero la sociedad no es solo el *derecho* de la sociabilidad, sino el ejercicio ó aplicación práctica de este derecho. Y como el ejercicio de todo derecho es un *hecho* que puede ser y dejar de ser, resulta de aquí, que en la formación de la sociedad entra también un elemento contingente, que es el *hecho* asociante, de que aquella históricamente se deriva.



Este hecho asociante es la aplicación práctica del elemento necesario, ó sea del derecho de sociabilidad. La combinación de ambos elementos da origen á la existencia real y concreta de la sociedad civil, y por consiguiente del poder que la dirige y gobierna.

El derecho de sociabilidad sin el hecho de la asociación, sería una mera abstracción de nuestra mente; y el hecho de una asociación práctica sin el derecho de asociarse, no pasaría de ser una mera reunión, que no produciría ningún género de relaciones morales.

En uno y otro caso faltaría la sociedad, cuya existencia real depende del práctico ejercicio de un derecho.

Con esta sencilla doctrina, que parece demasiado abstracta, pero que en realidad no lo es, se concilian satisfactoriamente las teorías de la *escuela doctrinaria* y de la *escuela liberal*, siempre que unas y otras se combinen en perfecta regularidad y armonía.

La *escuela doctrinaria* ha atendido casi exclusivamente al elemento necesario de la sociedad, ó sea, á su origen jurídico, y ha prescindido de su elemento contingente, que es la voluntad espresa ó tácita de los asociados. De allí es que ha concedido al Poder un origen también exclusivamente absoluto, necesario y divino, que no puede hallarse más que en Dios.

Por el contrario, la *escuela liberal*, prescindiendo del derecho de sociabilidad, que es necesario y divino, como todo otro derecho, solo se ha fijado en el hecho de la asociación; y así ha puesto en la libre voluntad de los asociados el origen único del Poder.

La *escuela doctrinaria* rechaza, en consecuencia, el dogma liberal de la *soberanía del pueblo*, ó si le admite es solo en un sentido muy inadecuado é imperfecto; mientras que la *escuela revolucionaria* explica ese mismo dogma en un sentido ilimitado, que hoy reprueba la ciencia moderna, y que repugna al buen sentido moral del género humano.

Pero la *escuela conciliadora*, que bien pudiéramos llamar *ecclética*, aunque en un sentido menos propio, vé en el dogma de la *soberanía del pueblo*, explicado conforme á sus teorías metafísicas, la síntesis de todas sus doctrinas, nó solo respecto del Poder, sino también respecto de las bases del Derecho público, constitucional y político.

Según ella, el Poder, que es el derecho de gobernar la sociedad, viene de Dios, como todo otro derecho; pero es un derecho que, como también otro cualquiera, necesita de un hecho contingente que le aplique y determine en su existencia real y concreta. Ese hecho se reduce, en último análisis, y cualquiera que sea la forma casual ó calculada con que al principio se presente, á la voluntad espresa, tácita ó interpretativa, de los miembros que constituyen la sociedad.

Dios concede la soberanía á la sociedad misma, ó sea á la comunidad perfecta; pero no pudiendo ésta ejercerla por sí, la traspa ó delega á la persona física ó moral, que en concreto se llama el *Soberano*, ya sea por el hecho mismo asociante, ó por otro cualquiera que después le sobrevenga.

Desde ese momento, el *Soberano* se constituye en ministro de la soberanía de Dios, y es en su nombre que ejerce la autoridad sobre el pueblo.

Sin embargo, nada impide que también se diga que manda y gobierna en nombre de éste, siempre que con ello se dé á entender, que por comunicación ó delegación ejerce la misma divina soberanía, que de Dios directamente el pueblo ha recibido.

Es en este sentido que la *escuela conciliadora* admite el dogma liberal de la *soberanía del pueblo*, que en otro cualquiera no podría tener significación ninguna legítima y verdadera.

Ya que hemos presentado bajo su aspecto filosófico las doctrinas de la *escuela*, que hemos querido llamar

*conciliadora*, sobre el origen de la sociedad y del Poder, nos proponemos hacer ver en otro artículo separado, que ésta, y nó otra, ha sido siempre la teoría adoptada por la Iglesia.

Por ahora nos contentamos con poner á continuación el breve extracto que de esta doctrina de la Iglesia hace un moderno filósofo católico.

—“Si la forma y el sujeto de la autoridad, dice Ramière, han tenido en su origen la elección del pueblo por principio inmediato, la autoridad misma, la autoridad propia proviene de Dios, porque Dios es el que exige su establecimiento; y una vez la autoridad establecida, es en nombre de Dios que manda el soberano.”

San Salvador, agosto de 1883.

## SECCION INTERIOR.

### Colegio Seminario.

El lunes 20 del corriente tuvieron lugar los exámenes trimestrales que prescriben los reglamentos de este establecimiento.

A las nueve de la mañana se reunieron en el edificio el Ilmo. Sr. Obispo que presidió el acto, los sacerdotes que debían hacer el examen, los catedráticos y los alumnos.

Se presentaron sucesivamente todos los alumnos, desde los que hacen el primer curso de Ciencias y Letras, hasta los que están en el último de la facultad de Teología.

En general respondieron satisfactoriamente á las cuestiones que les fueron propuestas y merecieron la aprobación de sus examinadores.

Se practicó á continuación la visita del establecimiento, habiéndose encontrado en buen orden todas sus oficinas.

Es de sentirse que esta institución tan importante, puesto que está destinada á formar los sacerdotes que más tarde ejercerán en la Sociedad una influencia tan trascendental, esté privada de los recursos aún más indispensables.

Mucho se critica y se pondera la ignorancia del Clero; se censura con el más estricto rigor hasta sus faltas más pequeñas; se exige de él la perfección en ciencias, en virtudes, en costumbres: pero al mismo tiempo se le quita todos los medios necesarios para instruirse, se le niega toda protección para formarse.

Hace largo tiempo que el Seminario se hubiera cerrado y que el Clero salvadoreño casi se hubiera extinguido, si los generosos sacrificios del Ilmo. Sr. Obispo, y la cooperación de algunos sacerdotes, no hubieran mantenido ese germen de la sucesión sacerdotal.

Creemos que si los censores de nuestro clero, antes de pronunciar sus fallos, se tomasen la pena de examinar las circunstancias en que se encuentra colocado, las causas y motivos de su actual posición, tal vez lejos de culparlo, encontrarían en él esfuerzos y resultados laudables, que no están en proporción con la pequeñez de sus recursos.

### “La República”

número 64, ha publicado uno de esos artículos en que el autor, colocándose muy por debajo de aquellos á quienes pretende ofender, desciende á donde pocos y rara vez han llegado.

El artículo referido tiene por objeto ridiculizar los actos de dos personas de opiniones políticas diferentes á las del articulista: pero el medio de que se vale para ello, es el texto del Sagrado Evangelio en que se refiere la última cena, el lavatorio de los pies, la oración del huerto y la prisión de Jesucristo, parodiado ó aplicado á sus adversarios políticos, de los cuales



uno hace el papel del Redentor y el otro de San Pedro.

Hemos dicho que el articulista se ha colocado muy por debajo de todo y ha descendido el infimo grado, porque ha llegado á la impiedad más sacrilega y ha faltado á las reglas más comunes de la educación.

En efecto, es una impiedad sacrilega abusar de los los Libros Sagrados y de los sucesos del Redentor sobre que descansan los dogmas de la fé, y tomarlos como medio para una acción tan innoble, como es ofender con el ridículo á aquellos con quienes podía tener una discusión digna.

Hemos leído muchos escritos de los peores impíos aun algunos de Voltaire, reputado como el Jefe y Maestro de todos: pero no recordamos haber encontrado un abuso semejante. Tal vez no porque tuvieran menos desprecio á la religión que el articulista, sino porque tenían más talento, y se respetaban más á sí mismos.

Si el articulista por haber abandonado su fé y su piedad, no tiene ninguna veneración por los libros Sagrados ni por las acciones del Redentor, debía haberse abstenido de profanarlos públicamente, siquiera por educación y por el respeto que debe á la sociedad que, siendo católica, respeta y venera aquellos libros y aquellos acontecimientos. Pero por desgracia, hay hombres que, creyéndose superiores á todos, se sienten con el valor y con el derecho de despreciar á todos.

Sentimos mucho la publicación de ese artículo por la profanación de nuestros misterios y por la ofensa á la sociedad; pero nos alegramos en cierto modo de que los enemigos del catolicismo se exhiban ellos mismos, descubriendo con sus propias manos la impiedad, las pasiones, los medios, los fines que llevan en su pecho para combatir la Iglesia.

Esta clase de enemigos honran infinitamente más al catolicismo con su persecución y con su odio, que lo que lo honrarían con su adhesión y sus alabanzas; porque es necesario que sea muy santo y muy noble lo que merece tener en opuesto polo la impiedad y la soberbia.

### El mismo Periódico,

*La República*, está reproduciendo hace ya mucho tiempo una obra titulada, *Historia de las variaciones y contradicciones de la Iglesia Romana*, por el Barón Ponnat, traducida especialmente para sus columnas.

Es la repetición de los mismos errores, que, desde el siglo primero de la Iglesia, han venido propalando todas las heregías que se han formado contra ella, y que los apologistas, padres, y doctores de la Iglesia han refutado tan victoriosamente desde el instante en que aparecieron.

Pero los modernos adversarios del catolicismo, haciendo caso omiso de esas refutaciones y á falta de nuevos descubrimientos, sacan siempre del polvo del olvido esas antiguas inepcias, para hacerlas relucir como nuevas con el cambio de algunas formas ó palabras.

Quien quiera convencerse de esta verdad vea un tratado cualquiera de Escolástica, y en la sección de objeciones, que se encuentra al fin de cada capítulo ó materia, encontrará brillantemente refutados los errores que ha repetido el Barón de Ponnat, y que han sido traducidos especialmente para "La República."

### Pésame.

El Señor Don Basilio Solís falleció en Sonsonate el 15 del corriente.

"Falleció, nos dice nuestro corresponsal, con tal resignación, conformidad cristiana y fervor religioso,

que dejó á todos conmovidos y edificados,"

Mucho consueta, pero no sorprende que el Sr. Solís haya muerto con tan felices disposiciones. Habiendo recibido toda su educación desde muy niño en el Colegio de los RR. PP, Jesuitas, su alma se había nutrido y su corazón se había formado con los principios, religiosos, que son indelebles cuando se imprimen en un carácter noble.

Hacia muy poco tiempo que se había casado con la apreciable Señora Doña Concepción Croker, y acababa de tener apenas su hijo primogénito, cuando tuvo que dejar este mundo. Pero su vida, corta en duración, abunda en los méritos y virtudes que suelen llenar otras más prolongadas.

Si como dice un sabio, la ciencia más preciosa y la felicidad más positiva consiste en morir bien, la muerte del Señor Solís debe consolar á sus deudos y á sus amigos.

Nos asociamos á ellos, principalmente á su hermano Don Ignacio Solís que acaba de llegar á Sonsonate, en su pesar y en sus consuelos. Sentimos con ellos la separación de una persona tan apreciable; pero nos consolamos con ellos por la esperanza de la inmortalidad feliz, que solo se cierne sobre aquellos en cuyo pecho habitó la virtud, durante su peregrinación terrenal.

## SECCION ESTERIOR.

### ROMA.

Su Santidad continúa con su perfecta salud, y con sus solícitos cuidados en el gobierno de la Iglesia.

A fines del mes de Mayo recibió á varios católicos franceses. Uno de ellos fué Mr. Louis Pitt, Procurador de la Sociedad de San Vicente de Paúl que dirige la obra de Santa Filomena. Ofreció al Papa un bello tomo con un message y con las firmas de innumerables fieles agregados á ella.

Concurrió también al acto la Señorita Laval, Directora de muchas maestras de la célebre casa docente, fundada en Paris por la Señorita Desir, que se titula *Instituto normal católico*.

El 22 de Junio la Princesa Massimo entregó á Su Santidad, de parte del Señor Conde de Chambord, ó sea Henrique V Rey de Francia, la ofrenda anual de 10,000 francos en oro.

El Soberano Pontífice recibió con demostraciones de particular benevolencia el nuevo testimonio de devoción y afecto del ilustre Príncipe.

Proyéctase la erección en una de las Basílicas ó Iglesias de Roma, de una estatua dedicada á honrar la memoria del insigne publicista Luis Veuillot, para lo cual se formará un comité organizador de este proyecto y depositario de los fondos.

El *Journal de Rome* ha abierto ya en sus columnas una suscripción, cuyos productos se destinarán á ese objeto.

El Director de *La Lega*, el demagogo que tantas veces ha blasfemado de la religión y que ha vomitado tantos ultrajes contra el Pontificado, ha muerto de un cancer en la lengua.

Los periódicos impíos no se atreven á esponer la enfermedad que ha matado al enemigo de la Iglesia, y se comprende que no se atrevan; porque en Roma es general la creencia de que Dios ha querido castigar visiblemente al Director de *La Lega*.

### FRANCIA.

Esta nación, cuyos monarcas merecieron el título de *Reyes Cristianísimos* por la protección que daban á la Religión en sus estados, está hoy gobernada por una minoría liberal que tiraniza las conciencias para desatolizar la nación.



Es muy triste contemplar el cuadro de impiedad que ofrecen las autoridades subalternas y algunos ciudadanos liberales, bajo las inspiraciones de su decantada libertad y de su moderno progreso.

He aquí algunos rasgos:

«El Cementerio de la Tour du Pin (Isere) ha sido profanado por una turba, que ha roto y arrancado varias cruces de las tumbas. Se dirigieron después al distrito de Sain Clair, donde trataron, aunque en vano, de derribar una gran cruz de piedra.

«En París ha sido maltratada una religiosa de las *Hermandades de los pobres*. La santa mujer fué defendida por los transeúntes, que detuvieron al cobarde agresor y lo entregaron á los agentes de la autoridad.

El autor de ese salvaje atentado es un ferviente discípulo de Paül Bert.

«Frutos legítimos de la semilla de la enseñanza laica!»

El Ministro de Cultos de Francia ha dirigido al Señor Obispo de Julla una carta, pidiéndole que castigue á tres eclesiásticos (parece increíble) que han predicado contra los libros condenados por el decreto del Indíce de 15 de Diciembre, y amenazándole con retirarles las pensiones sino los castiga.

Este es el resultado, en los lugares en que los sacerdotes son pensionados por el Gobierno: este pretende que por la pensión, aquellos cumplan siempre su voluntad en el ministerio sacerdotal; y sino, les retira la pensión y los reduce á la mendicidad.

El Señor Obispo ha contestado al Señor Ministro con una elocente carta, defendiendo y aprobando la conducta de dichos sacerdotes.

En el Senado francés se ha discutido el dictamen del Consejo de Estado, facultando al Gobierno de M. Grevy para retirar las asignaciones á los sacerdotes y á los Obispos que caigan en desgracia del poder civil.

En vista de esto se comprenderá fácilmente, que el verdadero fin que el derecho público moderno se propone al pensionar al clero es, no favorecer la Iglesia, sino comprar su independencia en favor del poder civil.

Uno de los malvados que en Francia fué condenado á una pequeña pena por derribar las cruces, acaba de ser indultado por el Presidente Grevy, al cual ha dirigido, según el *Châiron*, la siguiente sustanciosa carta:

«Señor Presidente: Habeis hecho tanto como yo, y sois Presidente de la República.

«Espero sucederos algún día; pero mientras tanto, indultadme ó poneos en mi lugar.»

Fué indultado.

La *Sociedad de Caridad maternal* acaba de verse privada de la subvención de 40,000 francos, que recibía anualmente del Ministerio del Interior. Esta Sociedad compuesta de 154 Señoras, tenía á su cargo proteger á más de 1,600 madres pobres cargadas de hijos.

El Exmo. Señor Cardenal Arzobispo de París ha escrito una magnífica carta al Señor Presidente de la República, reclamando contra el proyecto de suprimir los capellanes de los hospitales, proyecto que, una vez aprobado, hará que quieran sin los socorros espirituales una multitud de enfermos.

Informados por sus hijos los padres de familia del pueblo de *Requista*, de que el Crucifijo de la escuela había desaparecido por orden del maestro, fueron á buscarle y este, espantado de su propia obra, contestó que el Crucifijo se había caído y hecho pedazos.

Al día siguiente se abrió una suscripción para comprar otro nuevo Crucifijo de bronce dorado sobre cruz de ébano. Bendito por el Párroco, fué llevado solemnemente en procesión por los niños á la escuela.

De seguro que el maestro empezará á comprender que no es tan fácil, como creía, descatoalizar á un pueblo.

Las mujeres de Aveyron, siguiendo el ejemplo de las de Milán, han desobedecido al Alcalde, organizando una rogativa pública. El de Aveyron, menos duro que el Alcalde de Milán, se ha contentado con que la policía tome los nombres de 100 Señoras, entre las 2,000 que concurren á la rogativa.

El Comité Católico de Boulogne-sur-mer ha obsequiado con un banquete al antiguo diputado Keller, quien á presencia de más de 2,000 personas pronunció un magnífico discurso contra las leyes draconianas referentes á la enseñanza laica.

## ALEMANIA.

Con el título *Progresos del catolicismo en la nobleza alemana*, el Señor Walker, profesor de derecho político de la Universidad de Leizig, ha publicado últimamente una estadística muy interesante del movimiento de conversión de la nobleza alemana al catolicismo.

Según los datos del profesor alemán, 44 personas pertenecientes á las grandes familias de Alemania, se han convertido al catolicismo de 1880 á estas fechas. Entre estas 44 personas hay tres Príncipes: El Príncipe Solms Braunsfels, el Príncipe Inebring-Birstein, y el Príncipe Loew-custein-Wertheim.

Hay además dos Princesas; 11 Condes; 12 Condesas; 13 Barones y 13 Baronesas.

Entre estos convertidos se encuentra la Condesa de Brandemburgo, hija de Federico Guillermo II, y esposa del último Duque de Anhalt-Koethen.

A causa de los matrimonios mistos, cincuenta y dos familias nobles se han convertido al catolicismo y solo 10 familias han pasado al protestantismo.

El Señor Walker termina así su artículo:

«Las pérdidas del protestantismo son aun mayores, si se considera: 1º que los protestantes que secretamente se hacen católicos son innumerables; 2º que el protestantismo ha perdido las familias más ricas, que disponian de grandísimas propiedades.

«En la nobleza de segundo orden el protestantismo ha sufrido pérdidas mucho más graves que el catolicismo. Las familias de Haller, de Savigny, de Mallinckrodt, se han hecho católicas.»

El Duque Pablo de Melamburgo, protestante que está casado con la Princesa Windegraeta que es católica, ha abjurado sus errores y ha entrado en la única verdadera Iglesia. Por supuesto que los hijos de este matrimonio han recibido el bautismo católico, á pesar de que el Gran Duque, su abuelo, insistía eu que á lo menos el primogénito fuera protestante.

Los obñeros católicos de Mulhouse, en Alemania, acaban de contribuir con 48,000 marcos, á la construcción de la Iglesia de San José de aquella ciudad, abierta al culto católico desde el 18 de Marzo último.

He aquí una conducta digna, no solo de aplauso, sino también de imitación. Y tanto más, cuanto que los obreros y artesanos están señalados por los conjurados contra el catolicismo, para ser seducidos en segundo lugar, después de la juventud.

Los diputados del centro y los conservadores han conseguido que las Cámaras del Imperio sancionen dos disposiciones importantísimas.

Según ellas, la policía deberá impedir que se repartan libros y dibujos impíos ó inmorales; y tanto el Consejo federal, como las Dietas de los Estados confederados, dentro de los límites de cada uno de ellos, tendrán derecho á prohibir la venta de mercancías peligrosas al orden y moral pública.

## SECCION DE VARIEDADES.

### Carta de Sor María de los Angeles,

RELIGIOSA DEL CONVENTO DE LA ANUNCIACIÓN,  
Á SU SOBRINO MR. DE VOLTAIRE.

¡Cuán mal habeis cumplido vuestra palabra, mi que-



ruido sobrino! Me prometisteis respetar la religión y á los que la practican, y cada día les prodigais nuevos ultrajes.

¿Qué os han hecho esas religiosas á quienes maltratais en todos vuestros folletos y á las que considerais como esclavas desgraciadas? Vos que os jactais de ser tan humano, ¿por qué insultais su infortunio?

Si ellas sufren el yugo con resignación, se las debe admirar; si lo llevan con impaciencia, hay que compadecerlas y no injuriarlas.

Hablais incesantemente de hacer bien, y obráis el mal; os proponéis consolar á los desgraciados, y aumentais el peso de sus infortunios. No quedaba á las pobres religiosas, después de haber renunciado por completo á las esperanzas del siglo, más que la idea de que se respetaría su estado, y de que se interesarían en sus penas; y vos, filósofo sensible; vos, consolador de los hombres; vos, cantor de la virtud, las privais de este débil consuelo.

¿Por qué quereis abrir los claustros? No tendríais vos hoy ochenta mil libras de renta, si alguna de vuestras parientas no se hubiera encerrado en alguno de ellos.

Nuestras ciudades están llenas de viejas solteronas, y os lamentais del mal que ocasionan los conventos. Empezad por sacrificar una parte de vuestra fortuna, para que puedan tomar estado las célibes del siglo, y después hablareis de cómo pueden ser útiles las célibes de la religión. Pero os conozco bien, querido sobrino; estais muy distante de plantear este proyecto y de llevarlo á cabo á vuestras espensas.

Se trata mucho menos del aumento de la población, de lo que os cuidais muy poco, que de vuestro comercio de libros, que es lo que más os interesa. Hay que dar gusto á las gentes del mundo, y para esto tratais de poner en ridiculo, á los que viven fuera de él.

No temais, amigo mio, que se estinga la especie humana; esta abunda demasiado, sobre todo en poetas obscenos y en filósofos procaces. ¿Se ha visto jamás en ningún siglo tan gran número de cómicos, de bailarines, de bufones, de músicos, de perfumistas, de peluqueros y de mujeres perdidas, como se ven en la actualidad? El Egipto nunca se vió afligido con tantas plagas.

Sed agradecido una vez siquiera en vuestra vida, y convenid en que sinó debéis mucho á las religiosas, en cambio debéis estar muy reconocido á los religiosos. Los Jesuitas os inspiraron el gusto á las bellas letras y á la virtud; y sino os habeis aprovechado más que de la parte menos importante de sus lecciones, no es por culpa de ellos.

¿Como hubierais podido escribir vuestra *Historia general*, sin la ayuda de esos religiosos solitarios, cuyas riquezas tanto codiciais, y tan poco sus virtudes (1)?

Pero hay más; las manos laboriosas de esos virtuosos cenobitas ¿no han desmontado y fertilizado las comarcas más estériles; y tal vez la que vos habitais? Sus posesiones ¿no son acaso la porción del Estado más poblada y mejor cultivada?

Sus casas ¿no ayudan á otras muchas, á quienes ali-

[1] El mismo Mr. de Voltaire ha confesado los favores que debió á los Benedictinos en una carta al P. Calmet, que tenemos á la vista.

"Prefiero, dice, Señor, el retiro á la Corte y los grandes hombres á los reyes. Tendría sumo gusto en ir á pasar algunas semanas en compañía vuestra y de vuestros libros. Me contentaría con una celda abrigada y con que tuviese un plato de sopa, un poco de carne y huevos: me sería más grata esa dichosa y sana frugalidad, que la abundancia de una mesa regia. En fin, Señor, no quiero tener motivo de arrepentirme de haber estado tan cerca de vos, y no haber tenido el honor de veros. *Quiero instruirme con aquel, en cuyos*

vian del peso de una familia numerosa? Muchas familias ilustres ¿no han sido repuestas de su caída por ellas, y mantenidas en un esplendor útil al servicio del Rey y en provecho del reino?

Quando se tiene discreción y humanidad ¿se puede tener envidia de los bienes eclesiásticos? ¿no son ellos el patrimonio de esas comunidades, donde la más pura caridad se ejerce con una generosidad tan heroica? ¿no se ha dado una parte á esos hospitales, en donde la indigencia es socorrida por un sexo delicado, que *sacrifica su hermosura y juventud, y muchas veces su elevado rango, para aliviar ese conjunto de miserias humanas tan humillantes para nuestro orgullo y repugnantes á nuestra delicadeza?*

Los bienes eclesiásticos ¿no son todavía el patrimonio de esos colegios, de esos seminarios, de esas escuelas más necesarias ahora que nunca para la educación de la juventud?

Las ventajas que reportan al Estado y á la Religión se aunan para imponeros silencio. Reconoced el bien donde existe, y no os empeñeis en buscar un mejor que quizás lo empeore.

¿Qué torpeza es tan grande lamentarse continuamente de que la Iglesia despuebla al Estado! Hace sesenta años que cada casa religiosa (y entonces eran mucho más numerosas) contaba lo menos un doble de individuos que al presente, y no por eso el reino tenía un millón menos de habitantes que ahora. Confesad que no es el Clero secular ó regular el que perjudica la población; y vos, que quereis que se toleren los errores monstruosos de los idólatras, de los turcos y de los cuakeros, tolerad las virtudes de vuestros concuadanos.

Templad la acrimonia de vuestras declamaciones contra los religiosos, y sobre todo contra las religiosas. Mientras vomitais vuestra bilis contra nosotras, tal vez hay tres mil solitarios virtuosos, que levantan sus manos puras al cielo para desviar los azotes preparados para caer sobre vos. "Concededle, dicen al Padre de las misericordias, la paz, la salud y la felicidad; haced que después de haber blasfemado de Vos, se ocupe en servirlos, en alabarlos; que habiendo vivido como angel de tinieblas, reconozca sus errores y extravíos, y acabe como un angel de luz."

Yo uno mis votos á los de estas buenas almas, mi querido sobrino, y abundando en estos sentimientos, queda toda vuestra, &, &.

Maria de los Angeles.

## Confesiones.

—No vayan á creer nuestros lectores que copiamos las de San Agustín, Doctor esclarecido de la Iglesia; por esta vez, preferiremos las de otros doctores de más autoridad para los *despreocupados*. Ya sabemos que para los tales nada significan las más graves y probadas sentencias de los maestros católicos; en tanto que á ojos cerrados reciben las más absurdas enseñanzas de sus *doctores* y se aferran á ellas, como

*libros me he formado, é ir á beber en la fuente.* Os pido vuestro permiso; será otro de vuestros monjes; será Pablo, que irá á visitar á Antonio. Hacedme saber si tendréis á bien recibirme, y en este caso aprovecharé la primera ocasión que se me presente para ir á la mansión de la sabiduría."

Cartas escritas en términos tan lisongeros deberían tenerse presente, cuando viene el caso. Mr. de Voltaire no hubiera proferido tantas sandeces contra el P. Calmet, que le había dado también de comer, á haber tenido un poco de más memoria. Hubiera continuado en su primer estilo, y no hubiera faltado ni á la decencia, ni á la gratitud.

[Nota de la Revista Popular]



á otros tantos dogmas incontestables; y todo por aquello de *magister dixit*.

Sean pues consecuentes y oigamos.

1.ª CONFESIÓN.—“El ordenamiento de la Misa, dice el célebre *protestante* Seckler, es admirable, grandioso, profundo, tierno y lleno de unión. Ella va ofreciendo sucesivamente á la vista y al oído de los fieles de una manera espiritual las partes que constituyen la obra de la Redención; une las tiernas quejas del *Kyrie eleison*, con el más amable y dulce de los cánticos, el *Gloria in excelsis*; hace salir de la armoniosa unión de la epístola y el evangelio, el sonido claro del *Credo*; en el *Ofertorio* presenta humildemente á Dios las oraciones de la comunidad misma; en el *Prefacio* trasporta el corazón con la contemplación de la encarnación de Dios en Cristo y de la reconciliación de la humanidad por la cruz de Dios.

“El público dobla respetuosamente la rodilla delante de la Majestad del Dios y Salvador invisible, que está presente bajo las especies sacramentales; se anota en un profundo silencio á las palabras, “ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE;” mientras que el sacerdote de Dios ha entrado en el Santo de los Santos; les invita á que le sigan en espíritu; consume con hambre y con sed espiritual el cuerpo y la sangre que dan la vida al mundo; dá gracias en el *Benedictus* con alegres labios, por la saludable entrada del Señor; y al *Te Misa est* se aparta la mirada fija hasta entonces en la muerte del Señor.

“Puede decirse que la Iglesia Católica ha empleado en su Misa cuanto hay de más magnífico en la tierra. Brillo de luces, esplendor del oro, magnificencia de colores, aromas y todo cuanto brilla y resuena en la plenitud de lo que existe de más elevado y mejor: lo que puede la voz humana, el canto, los címbalos, las arpas, todo lo ha empleado para decorar y enaltecer el más augusto de los sacrificios, cautivando y atrayendo de esta suerte la admiración y el respeto de todas las generaciones.”

2.ª CONFESIÓN.—¿Conocen Uds. al *Barón de Holbach*? Ciertamente que pasaría por ignorante cualquiera de nuestros ilustres jóvenes libre-pensadores, sino hubiese hojeado alguna vez los *luminosos* escritos de tan *venerable maestro*.

Ello parece increíble; pero la siguiente confesión del Barón de Holbach viene como de molde á más de un *pretendiente* al título de *incrédulo*.

“Muchos incrédulos, dice, incapaces de raciocinar por sí mismos, se hallan apenas en situación de poder seguir los raciocinios de los demás. Son irreligiosos, por sobrada credulidad y por interés propio. Un hombre voluptuoso, un libertino, un intrigante, frívolo ó dado á los placeres, una mujer entregada al vicio, un libre-pensador á la moda, ¿son por ventura capaces de juzgar una religión que no han estudiado, de sentir la fuerza de sus argumentos, de abarcar el conjunto de su sistema?”

“Si á veces entrevén algunos débiles resplandores de la verdad en medio de las densas nubes de las pasiones que los ciegan, aquellos resplandores no dejan en ellos más que rastros pasajeros, tan pronto apercebidos como borrados.

“Los hombres corrompidos no hacen guerra á Dios, sino en cuanto le creen enemigo de sus pasiones....

“Puede la filosofía [entiéndase la falsa] envanecerse de tener por adeptos suyos, en un pueblo corrompido, enjambres de libertinos disipados y corrompidos, que desprecian una religión... sin conocer sus deberes? ¿Tendrían motivo para ufanarse por los homenajes interesados ó por los *aplausos estúpidos* de una muchedumbre de gente sin moral, de ladro-

nes públicos, de incontinentes, de libidinosos, quienes, del olvido en que tienen á Dios y del desprecio con que miran su culto, deducen que ningún deber tienen consigo mismos y con la sociedad? ¿qué se creen sabios porque á menudo, temblando y atormentados por los remordimientos, huellan creencias que les obligan á respetar la decencia y las buenas costumbres?”

Al oír estas *confesiones* de los célebres maestros de los anti-católicos, parece que estamos en los felices tiempos de Balaan, que, queriendo maldecir al pueblo de Dios, sus imprecaciones se convertían en bendiciones; nos parece ver en cada uno de estos enemigos del catolicismo otros tantos profetas, Balaan, que sin querer, rinden homenaje á la verdad.

(De El Eco Católico de Costa-Rica.)

## Una lección.

—Y sería bien que la aprendieran los que, aún olvidando reglas triviales de decoro social, creen rebajarse mucho, doblando la rodilla ante el Señor de cielo y tierra, que recorre á veces nuestras calles para ir á fortalecer á algún moribundo, sirviéndole de VIÁTICO en la jornada de la eternidad.

“Rodolfo de Habsburgo, que fué más tarde emperador de Alemania, salió un día al bosque á cazar montado en un magnífico corcel, acompañado de su escudero que llevaba sus venablos, cuando al llegar á un hermoso prado, oyó el sonido de una campana.

Detiene el paso y al poco tiempo ve entre los árboles un anciano sacerdote, lleno de canas, precedido de su monacillo, y llevando entre sus manos la Hostia Consagrada.

Rodolfo se descubre y saltando del caballo, se postura reverentemente en el suelo.

Corría por el prado un arroyo, á la sazón engrosado por las lluvias, y que debían pasar los viajeros. El sacerdote se disponía á descalzarse para atravesarlo: —“¿Qué vais hacer?” esclama el piadoso caballero al ver la acción del anciano.

—“Corro á asistir á un moribundo, que espera con ansia que le lleve este divino alimento. Las aguas acaban de destruir el puente que había sobre el arroyo; más esto no ha de ser obstáculo para que el pobre enfermo se vea privado de la salud del alma, por la cual ardentemente suspira: voy á descalzarme para pasar el arroyo.

—“No será como dices, buen sacerdote, repuso Rodolfo. El rey de cielos y tierra á quien sostienen vuestras manos, irá á la morada del pobre enfermo llevado por vos en mi caballo, y yo tendré el inmerecido honor de ser un humilde escudero.”

Diciendo esto, ayuda al ministro del Señor á montar su caballo, y llevando de la derecha las bridas y sosteniendo el farol con su izquierda, acompaña al Viático, y asiste al acto de recibirlo el enfermo, doblemente consolado y enternecido con la vista de su Dios y Señor, y con ver honrada su morada con la presencia de tan noble caballero.

Rodolfo regresó á su castillo contento de haber renunciado el placer de la caza, para realizar un acto de devoción al par que de caridad.

(De El Eco Católico de Costa-Rica.)

## Un milagro de la Satisísima Virgen.

Camila, hija de buenos padres y dotada de ingenio, era pequeña, fea, bizca y sin gracia.

Herida su vanidad, así que pudo compararse con



sus compañeras, se agrió su carácter y se hizo orgullosa, escéptica, envidiosa é impía.

Las muestras de afecto que recibían sus compañeras la exasperaban. Llegó á ser socialista y casi atea.

¡Pobre Camila! Nadie la quería, y no quería á nadie. Era egoísta, y de los egoístas todos huyen. Oía en su alma el grito de la rebelión: "¿Por qué hay ricos y yo soy pobre?" Y los socorros que la caridad hacía llegar hasta ella, la humillaban.

Entró á servir; pero su orgullo la hizo insoportable el tener que obedecer.

Se puso á trabajar por su cuenta, y como era laboriosa y tenía habilidad, logró ir viviendo.

Al poco tiempo, se alteró su salud; empezó á faltarle trabajo. Su carácter se agrió más cada vez, y decidió matarse. Así dejaría de padecer. ¿Estaba segura de ello?

Un día pasaba por delante de la Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, y entró por mera curiosidad. Mucho tiempo hacía que no entraba en ninguna Iglesia. Llamáronle la atención el número y la compostura de los concurrentes. Era por la tarde. No había sermón ni oficios, y sin embargo, la Iglesia estaba casi llena de fieles. Unos apenas hacían más que entrar y salir; sólo estaban el tiempo necesario para rezar un *Padre nuestro* y un *Ave-Maria*; otros permanecían largo tiempo devotos y recogidos.

Camila había dicho muchas veces: "*La religión es buena para los ricos; puesto que Dios les favorece, que le den gracias.*" Pues bien; á juzgar por las apariencias, había en la Iglesia menos ricos que pobres. Sirvientas, modistas, empleados, estudiantes, trabajadores, estaban postrados delante de los altares.

La jóven no había olvidado las oraciones que aprendió en su niñez. Movida por un impulso irresistible, dijo un *Ave-Maria*, y luego cuantas oraciones conservaba en la memoria. Sentía que su corazón se ablandaba, que la inspiraban horror sus instintos rebeldes y que la daban miedo sus planes suicidas. Camila, á pesar de sus graves faltas, conservaba un tesoro incomparable é inapreciable: la fé.

Conmovida hasta el fondo de las entrañas, dijo:

—Vendré mañana, me dirigirá al primer sacerdote que encuentre, y trataré de volver á ser lo que era el día de mi primera comunión.

Iba á marcharse, cuando vió un anciano sacerdote de venerable aspecto salir de un confesonario y dirigirse á la sacristía.

Camila oyó entonces como una voz interior que le decía:—¿A qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? ¡Y si te mueres esta noche!... Habla á ese anciano... Cuéntale tus penas, y te dará consuelo!"

—Padre mío, dice en voz baja al anciano sacerdote; deseo confesarme.

Vuelve el venerable eclesiástico al confesonario. A los pocos momentos corren lágrimas de arrepentimiento de los ojos de la jóven. El sacerdote la ayuda á hacer el exámen de conciencia, la anima á confesar todas sus culpas y oye la historia de aquella contrita pecadora, que se levanta de los piés del confesor absuelta y tranquila.

La jóven, en paz con Dios y consigo misma, varía por completo de carácter.

Todos los que la conocen observan el cambio que ha experimentado. Su modestia y dulzura encantan á los mismos que antes huían de Camila, y pronto halla lo que hasta entonces no había tenido, amigos verdaderos que se interesan por la pobre huérfana.

De todas las desgracias que pesan sobre los pobres, las más terribles son las enfermedades. A la salud escasa, casi raquítica de Camila, vino á agregarse un malestar continuo.

Los médicos hablaron de reuma, de neuralgía, pe-

ro un día los dolores se localizaron y llegaron á ser tan agudos, que los facultativos tuvieron que declarar que Camila tenía un cáncer. ¡Horrible enfermedad que no suelta su presa! A la caída de las hojas, á más tardar en Diciembre ó Enero, la jóven debía sucumbir. Así lo indicaron los dos médicos de beneficencia que la asistian.

El uno, que tenía la dicha de ser buen católico, la dijo un día:

—Veo, por las imágenes que tiene U. á la cabecera de la cama, que es U. piadosa; en este mundo no es U. feliz; no tiene usted familia. Alégrese de cambiar esta vida por otra mejor. Cuando esté U. en el cielo, hija mía, ruegue U. á Dios por mí.

El corazón de Camila experimentó dos impresiones al oír estas palabras. La una de alegría, la otra de dolor. Iba á morir; pero después de largos y atroces sufrimientos, tembló, y pensando en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, le pidió conformidad y fuerzas.

A los pocos días supo que varias personas piadosas organizaban un *tren de enfermos*. Quiso formar parte de esa tierna peregrinación, y pedir á Nuestra Señora de Lourdes la salud del cuerpo ó la resignación del espíritu.

Una señora caritativa facilitó á la jóven los medios de hacer el viaje.

Algunos días después recibió la dama una carta de la enferma:

"He tenido la dicha de ver milagros, escribía Camila; la Santísima Virgen no me ha curado, pero me ha dado el valor y la confianza que experimento."

Al volver de Lourdes la jóven, seguía padeciendo. Su enfermedad aumentaba diariamente, pero Camila no se quejaba. Todos los malos instintos habían desaparecido de su alma. La jóven escéptica, orgullosa, impía antes de ir á la Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, por el favor de la Virgen Santísima, iba á morir como mueren los santos.

Y así fué en efecto. Sus últimas palabras fueron de paz. Murió resignada, y cambió gozosa esta vida de lágrimas y dolores por el mundo de la luz, al que fué llena de santa confianza en la mediación poderosa de la Madre de Dios.

¿Qué milagros mayores que los que tienen por objeto el bien del alma? Los milagros de conversión, de resignación, de pacificación del espíritu, son más importantes y más difíciles que la curación del cuerpo.

Son más difíciles; porque con una palabra de Dios, las leyes de la naturaleza se modifican ó se cambian; pero en la conversión es necesario nuestro consentimiento. Dios, que nos ha creado por sola su voluntad, no nos salvará sin nuestro concurso. El libre albedrío es una fortaleza de que somos señores.

Son más importantes; pues, ¿de qué sirven la salud y la vida? Aunque esta se prolongase hasta los siglos de Matusalén, *quid hoc ad aeternitatem?*

No hay más que un mal; la muerte eterna; no hay más que un bien; la eterna salvación.

RUG. DE MARCERIE.

## El Filósofo y el Domador de fieras.

Dijo un Domador de fieras:

—"Si he amanzado leones,

Si he vencido bravas hienas

"Y los tigres más feroces,

"¿Quién me gana en heroísmo?"

Cierto Sabio contestóle:

—"El que vence sus pasiones"—P. J.